



**SAMANTHA SEGURA BAUTISTA**  
RELATOS CORTOS 2026

El Hostal de Olivia

Copyright 2026© de la obra de Samantha Segura Bautista  
Publicación Independiente.

Versión original en Español.

Esta es una obra de ficción. La autora ha inspirado la historia en el mundo que la rodea; no obstante, cualquier parecido a personas reales (vivas o muertas) es simplemente una coincidencia.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción parcial o total de este relato sin el consentimiento previo y por escrito de la autora.

¡Gracias por leer este relato y apoyar mi obra!

- Samantha Segura Bautista



# El Hostal de Olivia

Samantha Segura Bautista

Suena el despertador y de un manotazo lo apaga. Llevaba media hora esperando a que el viejo reloj sonase para levantarse. Como buen hombre de costumbres y de normas, si no ha sonado el despertador, no se levanta. Así como no deja sucia una habitación, por si llega a venir un huésped inesperado.

Se levanta de la cama y se calza las pantuflas. Se dirige al baño y toma una ducha de agua helada. A pesar de que el frío de la mañana invernal se cuele entre sus huesos, a Manuel siempre le ha gustado empezar el día así. —Me ayuda a despertar —le decía a Olivia, que tras cuarenta años de matrimonio nunca entendió cómo podía disfrutarlo.

Después de arreglarse, sube a la segunda planta y, desde el fondo del pasillo, una a una abre las ventanas del hostal. Siempre se ha encargado de que estén en las mejores condiciones, por lo que la madera no opone resistencia.

Casi llegando a la planta baja, donde se encuentra la recepción y la puerta de entrada, se detiene a admirar los detalles de las cortinas que su esposa cosió el año pasado. A pesar de que las anteriores estaban en perfectas condiciones, Olivia había insistido en que necesitaban unas nuevas:

—Tenemos que mantenernos actuales para nuestros clientes, Manuel —le decía con voz severa. Cuidar los detalles

siempre fue su especialidad. Era ella quien había convertido esta vieja casa en un hogar para tantos viajeros. A él, esas cosas no se le daban tan bien.

—Primero los sofás, luego la mesa del comedor, ahora las cortinas —exclamó Manuel—. Dentro de tres meses, ¿qué me pedirás, que compre una de esas máquinas electrónicas?

—Se llama computador, viejo cabezota.

—No hace falta un *computador* —dijo con tono burlón—. Puedo hacerlo perfectamente con mi propia mano.

—Pues Joaquín dice que son muy útiles y que podrían ampliar nuestro negocio. Los tiempos cambian, no podemos depender de las guías turísticas.

Las palabras de su amada se desvanecieron al acercarse al libro donde registraban a los huéspedes, que ocupaba gran parte del mostrador de la recepción. El pesado ejemplar tenía manchas y cicatrices en su cubierta de piel. Sí, era viejo, pero aún servía como el día en que lo había comprado. Otro recuerdo se hizo presente de repente; Olivia se reía de él, que cargaba con dificultad con dos cajas de libros de registro. Ni siquiera habían abierto al público. No estaban ni cerca de hacerlo, pero Manuel siempre creyó en el sueño de su esposa y sabía que llegarían a necesitarlos cuando, *el Hostal de Olivia*, abriera sus puertas.

Abrió con cuidado el libro en donde se encontraba el marcapáginas. La página en blanco del cinco de enero de 2026 lo recibió con pena. Hacía semanas que no recibía huéspedes

—cosas de la temporada de invierno—, se repetía a sí mismo, pero la verdad es que la luz del hostel se había ido y, aunque él luchaba con todas sus fuerzas para mantener el legado de su esposa vivo, no sabía por cuánto tiempo más podría hacerlo.

De lo que estaba seguro era de que aún no estaba dispuesto a rendirse. Acomodó el libro abierto en el mostrador y comprobó que todos los documentos estuvieran en orden para recibir a viajeros llegados de cualquier rincón del mundo.

—La primera orden del día es: ¡hacer el desayuno! —dijo tras terminar. Y se dirigió hacia la cocina pasando por la zona común y el comedor.

A pesar de ser el único que se encontraba en el hostel aquel día, preparó suficiente desayuno para una familia entera y se comió su porción. —Lo peor que puede pasar es tener que almorzar sobras —pensó.

Al terminar, recogió la cocina y se puso con sus quehaceres diarios. Su rutina no es demasiado complicada: después de desayunar, abre por completo las ventanas de la zona común y deja la puerta entreabierta para invitar a los aventureros a entrar; luego sube a las habitaciones, las limpia hasta dejarlas impecables, repara cualquier desperfecto y recarga los ambientadores para que conserven su inconfundible aroma a coco pasión. —Un hostel junto al mar debe oler a verano— solía decir su esposa. Esas tareas le ocupan casi toda la mañana, hasta que al mediodía hace una pausa para almorzar.

Pero aquel día algo cambió, pues mientras terminaba de limpiar la habitación *atardecer*, el teléfono del hostal comenzó a sonar. Muy a su pesar, la habitación en la que se encontraba estaba al final del pasillo de la planta superior, al lado contrario de las escaleras. Trató de caminar rápidamente para poder atender a quien fuera que estuviera llamando.

—Esto era más fácil cuando éramos dos los que hacíamos el trabajo —pensó, recordando aquellos tiempos en los que su esposa vivía y se dividían las tareas.

A media escalera el teléfono dejó de sonar y Manuel, que respiraba profundamente tratando de recuperar el aliento, maldijo para sus adentros.

—Quizás sería más fácil si llevara conmigo el maldito aparato —pensó.

Comenzaba a subir de nuevo cuando volvió a timbrar. Fuera quien fuera, estaba muy interesado en hablar con él. Bajó con dificultad y tomó el teléfono fijo tras un par de tonos.

—Hostal de Olivia, buenos días. Le atiende Manuel, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días, Manuel —dijo una voz masculina al otro lado de la línea—. Estaba empezando a perder la esperanza de que estuvieran abiertos en invierno.

—Abrimos todos los días del año, señor —dijo algo molesto. Y no pudo evitar pensar que, en lugar de llamar para saber si están abiertos, debería de consultar una guía y no hacerle perder tiempo—. Disculpe, ¿con quién tengo el gusto?

—Me llamo Melkier —dijo con un acento extraño que dificultó que Manuel entendiera bien su nombre—. ¿De casualidad tiene habitaciones disponibles para esta noche? Sé que hablo a último momento, pero de ser así podré pensar en la ruta a seguir.

—Claro que tenemos, señor... —Hizo una pequeña pausa, no quería equivocarse al decir su nombre—. ¿Le gustaría hacer una reservación? ¿Para cuántas personas sería? ¿Cuántas noches? —dijo algo emocionado; al final atender la llamada había servido para algo.

—No será necesario. Muchas gracias, don Manuel. Que tenga un gran día.

La llamada se cortó antes de que pudiera decirle nada. Aunque quizás había sido lo mejor: no tenía palabras amables para quien le hizo perder tiempo y bajar aquellas empinadas escaleras.

Molesto, continuó con sus tareas hasta que terminó la última habitación. Y siguiendo con su rutina, se dirigió hacia la cocina para preparar el almuerzo. O más bien recalentarse el desayuno que le había sobrado, ya que, por cómo se presentaba la mañana —y el día entero—, él era la única persona que se lo comería.

—¡Ey! ¿Qué hace aquí? —preguntó molesto al intruso que estaba merodeando por la cocina de su esposa—. ¡Esta zona es solo para el personal!

—Discúlpame, no tenía ni idea —murmuró realmente

apenado—. Entré por la puerta, que estaba abierta y, tras esperar en el mostrador un rato, decidí venir a buscarlo. Imaginé que no me había escuchado.

—¿Y le parece que estaba por aquí? —preguntó con mirada severa.

—No, discúlpeme de nuevo. —Bajó la cabeza y colocó sus manos en su regazo a modo de respeto—. Es una cocina muy bella y no pude evitar admirarla.

—Si si si... —respondió, algo incómodo por la postura del hombre. Aunque en el fondo le hacía feliz que alguien admirara el lugar especial de su esposa. No tenía mucho que se había encargado de remodelarla. A pesar de estar ya mayores, y en edad de jubilarse, ella seguía hablando de su *cocina soñada* y no tuvo más remedio que cumplirle su deseo—. Los huéspedes tienen que esperar en el mostrador a ser atendidos. Hay un letrero que lo indica.

—Te pido disculpas otra vez.

—¿Viene para quedarse? —preguntó.

—Así es.

—¡Perfecto! —respondió, esforzándose por ocultar su emoción. A diferencia del charlatán que había llamado antes, este sí era un huésped de verdad—. Pero, tendré que atenderle en el mostrador de recepción.

—Por supuesto —dijo con la mirada desviada, aún contemplando los detalles de la cocina.

—¿Me sigue? —preguntó exasperado.

—Sí —respondió al instante, echando a andar tras él. Un minuto más y seguro que le habría dado un coscorrón—. Me llamo Kasbar.

—Yo soy Manuel, el dueño y cuidador del hostel. Lo que sea que necesite, me debe llamar a mí.

—Es un placer. Es un hostel realmente bello, ¿hace mucho tiempo que lo gestiona?

—Mi esposa y yo lo abrimos.

—Pues los felicito por el trabajo que han hecho. Los acabados son realmente bellos y esa cocina... —admiró genuinamente.

—Gracias. Empecemos con el proceso de entrada al hostel. Necesito una identificación válida y, como no tiene una reserva, que rellene este formulario, por favor.

Kasbar recibió la hoja de papel y un bolígrafo.

—No es habitual ver un alojamiento que tiene sus archivos en papel. Ahora todo se hace digital.

—Las cosas se hacen bien o no se hacen —resopló.

En silencio, Kasbar rellenó sus datos y, al finalizar, se los entregó a Manuel, que estaba escribiendo en un libro de grandes dimensiones y hojas amarillentas.

—Aquí tienes.

—Muchas gracias, Sr...

—Aydin, Kasbar Aydin.

—Eso... Bueno, la tarifa por la habitación es de cuarenta euros. ¿Paga con tarjeta o en efectivo?

—En efectivo está bien —dijo mientras le entregaba el dinero.

—Bien, pues este es su recibo y su llave. Si trae equipaje, déjelo aquí en recepción y lo subiré en un momento.

—No es necesario, viajó con una maleta pequeña y puedo yo mismo.

—De acuerdo —dijo con tono de desaprobación—. El horario de atención al cliente es de nueve de la mañana a ocho de la noche. Además, el servicio de desayuno y almuerzo están incluido en la tarifa del hostal, aunque por la hora solo puede optar por el almuerzo.

—No es un problema; por ahora solo quiero descansar de mi largo viaje.

Manuel carraspeó, irritado por la interrupción del huésped.

—Además, puede acceder a las zonas comunes que se encuentran a su izquierda —dijo señalando—, donde encontrará todo tipo de actividades e información sobre la zona. Le pedimos que cuide el material y lo trate como si estuviera en su casa. Y cualquier cosa que necesite, solo tiene que llamar a recepción y yo lo atenderé.

—¡Fantástico! Muchas gracias, Manuel.

Un silencio incómodo se formó entre ambos mientras esperaban a que el otro dijera algo.

—¿La habitación está por allí? —preguntó Kasbar finalmente.

—Ah, sí, subiendo las escaleras, la tercera puerta del lado izquierdo. La habitación *coral*.

—Perfecto. Gracias de nuevo —dijo antes de tomar su maleta de mano.

Lo observó alejarse de reojo y, antes de continuar con la limpieza del hostel, roció un poco de ambientador de coco para disimular el extraño olor a hierbas que había dejado atrás. Ahora que tenían un huésped, su almuerzo tendría que esperar, pues aún tenía que darle mantenimiento a las zonas comunes.

—Manuel —llamó Kasbar desde la recepción; había aprendido su lección—. ¿Señor Manuel?

Antes de que terminase de llamarlo una segunda vez, su blanca cabellera se asomó por la puerta tras el mostrador.

—Sr. Aydin, ¿en qué puedo ayudarle?

—Estoy pensando en ir a comer, ¿podrías recomendarme algún lugar de la zona?

Manuel miró el reloj y maldijo para sus adentros. Eran ya pasadas las tres de la tarde y aún no había almorzado. Si su esposa viviera, le habría reprendido por olvidarse de lo más básico.

—Pues ya es un poco tarde, pero le recomendaría que fuera a *la marisquería de Joselito*. Está justo atrás del puesto de salvamento de la playa blanca. Lo verá fácilmente; es un local bastante grande. En caso de que no le gusten los mariscos, puede optar por *Terra i Brasa* y comerse un sabroso solomillo.

—Perfecto, muchas gracias.

—Buenas tardes —interrumpió un hombre de avanzada edad, que entraba por la puerta principal. De no ser por la maleta que arrastraba a su lado, jamás se habría imaginado que tan refinado sujeto sería un posible huésped del hostal.

—Bienvenido al Hostal de Olivia.

—¿Manuel? —preguntó con una extraña cercanía.

—Sí, soy yo —afirmó sorprendido. Era la primera vez que veía a aquel hombre.

—Soy Melkier. Llamé por la mañana para solicitar una habitación —aclaró ante la falta de reacción.

—Ah, sí —dijo recordando la molesta llamada que había recibido. Le observó con detenimiento, se había imaginado a una persona muy diferente a la que tenía enfrente. Para empezar, no pensaba que fuera tan mayor, ni que vistiera de forma tan elegante—. Bienvenido.

—Espero que todavía tenga una habitación disponible.

—Sí, hay varias libres —respondió mientras tomaba un bolígrafo para registrar al nuevo huésped.

—Bueno, yo me marcho a almorzar. Gracias por las recomendaciones —declaró Kasbar.

Manuel, que se había olvidado de la presencia del joven, asintió a modo de despedida y lo vio salir por la puerta al tiempo que se centraba en su segundo e inesperado huésped. Ya le estaba pareciendo algo extraño que hubieran llegado no uno, sino dos turistas nuevos.

Prosiguieron a hacer el registro y, tal como hacía cuando alguien nuevo se alojaba en el hostel, le explicó los diferentes detalles de su estancia:

—El almuerzo está incluido en la tarifa del hostel, aunque puede optar por ir a comer fuera hay varios restaurantes de buena calidad en la zona. En caso de que desee almorzar aquí, la comida debería estar lista en menos de una hora. El día de hoy serviremos *escudella i carn d'olla*, que es un caldo de verduras con carne.

—¡Perfecto! Iré a asearme y bajaré a almorzar con usted.

Aquello sorprendió a Manuel. Hacía poco más de seis meses que no almorzaba junto con los huéspedes. Concretamente desde el 17 de junio. Además, no era una práctica común en los alojamientos de la zona; ellos lo hacían porque a su esposa le gustaba compartir y a cada persona que cruzaba la puerta de entrada se la trataba como si fuera de la familia.

Aun así, no pudo contestar, pues Melkier agarró sus cosas y se dirigió por sí mismo a su habitación. A diferencia de Kasbar, había decidido alojarlo en una habitación en el primer piso, temiendo que las escaleras fueran algo que se le pudiera dificultar; no obstante, a pesar de su edad, parecía estar en plena forma y cargaba sus pertenencias sin ningún tipo de esfuerzo.

Dejando de lado su sorpresa, terminó de guardar y acomodar los documentos de Melkier y se dirigió a la cocina.

*L'Escudella* era un platillo que le encantaba a su mujer. Sobre todo en invierno, cuando apetece algo calentito que deje una buena sensación en el cuerpo. Ahora bien, la cocina no es uno de sus tantos talentos. Sabe seguir una receta lo suficiente como para conseguir platos comestibles, pero esa sazón, ese *je ne sais quoi*, es un don con el que no había nacido. A diferencia de su mujer, que era una cocinera nata. Durante todos esos años, había visto incontables personas, de diferentes partes del mundo, elogiar sus recetas e incluso rogar que les revelara sus secretos.

Manuel admiró la receta que sostenía en sus manos. Sabía que no podría replicar aquel sabor, pero lo intentaría. Lo haría por ella, por su recuerdo y su sueño.

Tras una media hora, el ambiente se llenó de un aroma reconfortante a guisante y carne. Por fortuna, había usado la olla a presión y el proceso se había acortado lo suficiente para poder servirlo a su inesperado huésped. Aunque tenía que aceptar que su estómago también le rugía pidiendo comida.

—Qué bien huele —expresó Melkier, que se acercaba a la cocina desde el comedor, atraído por el olor a comida casera

Manuel lo observó a través del hueco que unifica ambas estancias. Se movía con gracia y delicadeza, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Además, no pudo evitar notar cómo sus ojos oscilaban entre los objetos que decoraban la estancia y los pequeños detalles. Era algo sutil, pero saltaba a la vista que

estaba analizando el hostal. Tanto así, que se cuestionó si sería alguna especie de inspector o reseñador; su aspecto no era el de un visitante cualquiera.

—Estará listo dentro de un momento. Si quiere, puede disfrutar de la zona común y yo le llamaré en cuanto los platos estén servidos.

—No hace falta —respondió—. Esperaré aquí con usted. Tomó asiento, sacando de debajo de su brazo una libreta pequeña que abrió y empezó a leer en silencio.

De vez en cuando, Manuel le lanzaba una mirada fugaz tratando de entender quién era aquel señor y qué estaba haciendo, pero el guiso requería de su atención y no podía permitirse arruinar la comida como había hecho en el pasado.

Con cuidado sirvió un plato y lo llevó, junto con los cubiertos envueltos en una servilleta, hacia la mesa del comedor.

—Aquí tiene. Si desea otro plato, hágamelo saber —dijo colocando la sabrosa sopa frente a él—. He hecho suficiente como para alimentar a un batallón.

—Muchas gracias, Manuel —respondió cerrando su libreta y haciéndola a un lado—. ¿Usted no me acompaña?

Recordó las palabras de Melkier sobre comer juntos, pero pensaba que lo mejor sería dejar una distancia prudencial con sus huéspedes. No era una persona conversadora y aún menos desde el fallecimiento de su esposa.

—Insisto —añadió ante la falta de respuesta—, vaya por

un plato y coma conmigo. Así podrá contarme un poco más de su hostel.

Aquello no le hizo demasiada gracia, pero veía complicado zafarse de su petición. Sobre todo porque no quería hacer que se enfadara y dejara una reseña negativa. El hostel no necesitaba que su reputación cayera aún más y, en consecuencia, perdiera más clientes. Así que se sirvió un plato y lo acompañó a comer a desgana.

—Sabe, pensaba que el hostel ya no existía. —Rompió el hielo, pero Manuel permaneció en silencio—. Traté de encontrarlos en internet y casi no tienen presencia.

—Aquí nos gusta la tradición.

—Eso he podido notar. La verdad, si no fuera por mi guía de viajes, jamás habría dado con ustedes. Y es una pena, pues es un hostel muy bonito.

—Gracias.

—Seguramente ha escuchado sobre esta guía, es muy famosa —dijo, ignorando las cortantes respuestas de su anfitrión—. Se llama *El Camino de Estrella* —añadió, sacando una hoja de su libreta, donde se veía impreso un artículo del blog de una página web.

El nombre le sonaba; varios años atrás, una señora que se hacía llamar Estrella se había hospedado en el hostel durante una semana. Si mal no recordaba, era una *influencer* que su esposa había contactado para hablar del hostel y conseguir más huéspedes. A Manuel le había parecido una tontería, pero en

aquel entonces se limitaba a mantener la casa en óptimas condiciones y hacer todo lo que su esposa le pedía. Aun así, no comentó nada al respecto.

—Me ha sido muy útil en mi viaje —añadió—. Aunque, lamentablemente, algunos de los lugares que recomienda ya no son lo que ella describe en sus publicaciones.

—¿Querrá decir que el hostel ya no es lo que era? —pensó Manuel, pero no intervino y le dejó continuar con su discurso.

El resto del almuerzo transcurrió con normalidad, sin nada que destacara. Manuel permaneció en silencio casi todo el tiempo, mientras Melkier trataba de rellenar los silencios haciéndole preguntas del hostel o contándole historias sobre sus viajes y su vasta colección de monedas de los lugares que había visitado.

Al terminar, aunque Melkier insistió en ayudarle a limpiar, se negó tajantemente pues que aquel era su trabajo. Por lo que, al final, se retiró a su habitación a descansar del largo viaje que había hecho y del cual ahora Manuel sabía más de lo que quería.

Unas horas después, tras terminar sus tareas vespertinas, se sentó en la poltrona que estaba junto a la ventana más grande del salón. A pesar de que fuera ya había oscurecido y la visibilidad era poca, le agradaba acomodarse en aquel viejo asiento y recordar los buenos tiempos en los que su esposa se

sentaba a su lado y tejía mientras él la admiraba de reojo, fingiendo ver el hermoso paisaje que les brindaba estar tan cerca de la orilla del mar.

Desde su partida, había encontrado que aquel rincón era su favorito de toda la casa. De algún modo sentía que solo les pertenecía a ellos, a pesar de que los huéspedes podían entrar y usarlo a su antojo.

—Hola, Manuel —dijo Melkier al entrar—. ¿Puedo acompañarlo?

Manuel se giró a mirarlo y vio cómo se sentaba sin esperar respuesta. No pudo evitar notar que se había sentado en el sofá que estaba al lado de la poltrona, pero que había dejado un espacio entre ellos. El que antes ocupaba su esposa.

Lo observó durante unos segundos, esperando que iniciara una conversación como había hecho durante el almuerzo; pero esas palabras no llegaron, por lo que volvió la vista a la ventana. Aun así de vez en cuando alcanzaba a verlo de reojo, fascinado por la gran estantería que ocupaba la pared más grande de la estancia.

En ella había todo tipo de libros en diferentes idiomas, figuras y recuerdos que habían traído los huéspedes habituales del hostal, juegos de mesa y una fotografía de él con su esposa de jóvenes. Aquella imagen que habían tomado el día de la inauguración del hostal. Le había salido muy caro conseguir a un fotógrafo e imprimirla, pero había valido la pena por ver la sonrisa de su esposa, quien decidió que tenía que estar

expuesta para recordarles siempre el inicio de sus sueños. La fotografía estaba desgastada y había perdido algo de color debido a la exposición a la luz solar, pero los había acompañado durante cuarenta años y lo haría hasta su último día.

Mientras dejaba que los recuerdos despertados por aquella imagen lo envolvieran, alcanzó a ver de reojo cómo Melkier se levantaba y se acercaba a la estantería. Los huéspedes solían curiosear entre sus baldas, así que al principio no le dio mayor importancia; aun así, siguió atento a sus movimientos. Desde que lo conoció, aquel hombre le había parecido un tanto peculiar. Y cuando se inclinó más de lo habitual hacia los libros y su mirada recorrió los lomos hasta detenerse en uno en particular, Manuel no pudo evitar vigilarlo inquieto.

Era un libro mucho más grande que el resto y se notaba más desgastado. La piel que lo cubría estaba algo agrietada y el color se había desvanecido en algunas zonas, pero para Manuel era el libro más importante y valioso de todos los que tenían.

Por eso, en cuanto Melkier movió la mano para tomarlo, se levantó de rebote, haciéndose daño en la rodilla izquierda, y se lanzó hacia el curioso huésped. Le arrebató el libro de las manos bruscamente y lo guardó en un cajón de la estantería que después cerró con llave.

—Ese libro no se puede tocar —dijo enfadado.

Una vez guardado el libro, regresó a su poltrona, dejándolo confundido junto a la estantería.

La reacción del dueño le había sorprendido. No entendía por qué aquel libro, que al parecer era tan importante, estaba expuesto si no podían tocarlo.

Aunque procuraba no prestarle atención para evitar un roce aún mayor, notó que Melkier permanecía inmóvil, observando fijamente el cajón donde había guardado el libro.

—Quizás fui demasiado brusco —pensó

—Era un libro de mi esposa —dijo rompiendo el silencio que los envolvía.

Melkier alzó la mirada hasta cruzarse con los melancólicos ojos de Manuel.

—Es un libro de visitas que usábamos para que los huéspedes nos dejaran un mensaje sobre su estancia y visita al pueblo —aclaró.

Melkier permaneció en silencio; era la primera vez que Manuel le dirigía una frase completa que no tenía que ver con las normas del hostal. Y parecía que necesitaba descargar algunas emociones y recuerdos.

—No se ha vuelto a abrir desde que ella falleció. Ese libro fue idea suya... bueno, todo este hostal lo fue —dijo, acompañando las palabras con un gesto amplio—. Era su sueño y ahora también es su legado.

En silencio volvió a desviar la mirada hacia afuera. El hostal no es lo mismo sin ella. *El sueño no es lo mismo sin ella.*

—¿Hace cuánto falleció?

—Hace poco más de seis meses —respondió sin mirarlo.

—Lamento tu pérdida. He observado mucho el hostel —dijo, a lo que Manuel no pudo evitar resoplar—. Se nota el cariño con el que han construido y mantenido el hostel. Sus pequeños detalles lo hacen un lugar muy especial y debería estar orgulloso de lo que consiguieron.

—Ella se encargaba de todo eso. Traía vida y luz a cualquier estancia y aprendió a hacer muchas cosas para poder tener a los huéspedes felices. Esos cuadros —dijo señalando a los marcos que estaban tras el sofá— los pintó ella. Y esa guía que trajiste —continuó— fue gracias a ella que nos incluyeron.

Melkier pensó en la hoja impresa que se escondía dentro de su libreta, pero no dijo nada, invitándolo a continuar con la historia.

—Tuvimos una época en la que apenas venía gente. Somos un pueblo pequeño y estamos más lejos de las grandes ciudades que otros de la zona, que además son más grandes y están mejor preparados para el turismo... pero ella estaba empeñada en que el hostel debía estar aquí, aunque muchos nos tomaran por locos. —Se detuvo un instante antes de continuar, los recuerdos de aquella época amenazando con inundar sus ojos—. En aquel momento estuvimos a punto de cerrar, pero mi esposa no era de las que se rinden. Contactó con medios de comunicación, con páginas de internet y con esta guía tan prestigiosa —dijo, refiriéndose a *El Camino de Estrella*—. Mandó correos, llamó a la editora una y otra vez, hasta que finalmente aceptó venir a conocer el hostel. Quedó tan

encantada con la visita que nos incluyó en la guía y volvió el verano siguiente.

Un silencio se instaló entre ambos. Manuel apartó la mirada hacia el horizonte oscuro. —Qué lejos quedan esos tiempos —dijo con un tono cargado de melancolía, antes de volver a callar.

—¡Buenas noches! —se escuchó decir desde la puerta.

Manuel giró la vista hacia la zona de la recepción que se veía parcialmente desde donde estaba sentado, seguro de que vería aparecer al señor Aydin. No obstante, para su sorpresa, un joven, de tez oscura, que cargaba una gran mochila fue el que se asomó.

—Por favor, decidme que estáis abiertos y tenéis habitaciones disponibles —preguntó a modo de súplica.

Manuel tardó en responder, pues no esperaba que un tercer huésped apareciera, y fue Melkier quien dio la bienvenida al joven.

—Buenas noches —saludó, alargando la mano a la vez que se incorporaba—. Yo soy Melkier, soy un huésped en el hostal. Don Manuel —señaló hacia la poltrona junto a la ventana— es el dueño.

—Un placer, señor —respondió, estrechándole la mano—. Don Manuel, ¿tendría una habitación para mí esta noche? —preguntó—. No me importa si es pequeña y solamente la

necesito para hoy; mañana temprano debo continuar mi camino.

—Por supuesto, muchacho —asintió al fin—. Ven conmigo a la recepción para hacer el registro.

—¡Ay, qué bien! Ya pensaba que me tocaría dormir en la calle o debajo de un puente.

—Espero que eso sea una broma —dijo con tono severo. Y pensó, con una mezcla de incredulidad y preocupación, ¿cómo se le ocurriría dormir en la calle con el frío que hacía fuera?

—Ya me gustaría y le puedo asegurar que no sería la primera vez.

Manuel dejó escapar un gruñido de desaprobación mientras se colocaba detrás del mostrador y abría el libro de registros.

—Como no tiene reservación, tendremos que hacer todo desde el inicio. Necesitaré una identificación y que rellene el siguiente papel con sus datos.

—¡Claro! —se quitó la mochila de la espalda y empezó a rebuscar entre los bolsillos hasta que dio con la bolsa en la que guardaba sus esenciales—. Aquí tienes —dijo apenado al ver la mueca de impaciencia de Manuel, que esperaba con una hoja y un bolígrafo en la mano.

—Gracias —respondió. En silencio relleno sus datos bajo los de Kasbar y Melkier. No le pasó desapercibido que desde hace dos semanas no recibía ni un solo huésped y, de repente, en un mismo día llegaron tres. Pero no podía detenerse a

pensar en la extraña coincidencia.

—Disculpe, don Manuel —comentó con cautela, extendiendo la hoja— Esta es la tarifa por la noche.

—Así es, son cuarenta euros. ¿Hay algún problema?

—Por supuesto que no —respondió forzando una sonrisa tensa—. ¿Se puede pagar con tarjeta?

—Sí —dijo con un leve resoplido—. ¿Ya terminó de rellenar el formulario?

—Eh... sí —dijo firmándolo rápidamente.

—Muchas gracias. Puede pagar a través de ese aparato.

Basalá sacó una tarjeta de la misma bolsita en la que guardaba su pasaporte y la acercó al datáfono. Nada. Ni un bip, ni una luz. Solo un silencio incómodo que le heló la nuca.

—¡Ugh! Estas porquerías tecnológicas. —Se quejó detrás del mostrador agarrando el cacharro bruscamente. Tras lo que presionó torpemente algunos botones y volvió a dejarlo en el mostrador—. Pruebe de nuevo.

Basalá acercó la tarjeta y esperó el bip. Notó el sudor en su mano y la mirada de Manuel clavada en él. Los segundos se hicieron interminables, y mantuvo el aire atrapado en el pecho, consciente de la tensión que lo tenía rígido. Solo cuando el recibo empezó a imprimirse dejó escapar una exhalación larga, casi temblorosa, como si por fin le hubieran soltado una cuerda invisible.

—Este es su recibo y su llave. La habitación está en la segunda planta, primera puerta a la derecha. ¿Puede subir su

propio equipaje?

—¡Claro, yo me encargo! Muchas gracias —dijo acomodando la mochila en sus hombros.

—Muy bien. El horario de atención al cliente está por terminar, pero puede llamarme si tiene alguna emergencia.

—No hay problema. Gracias de nuevo. —Subió las escaleras de dos en dos y llegó a su habitación antes de que Manuel pudiera siquiera rodear el pequeño mostrador de recepción.

Lentamente se fue acercando a la poltrona que había ocupado con anterioridad y notó que Melkier estaba leyendo un libro de poesía en catalán. Entre aquellas páginas se encontraba uno de los versos preferidos de su esposa, quien era una ávida lectora. —Este señor tiene un tino para tomar las cosas que le gustaban a Olivia —pensó irritado. No obstante, volvió a sentarse y, sin decir ni una palabra, se giró hacia la ventana.

—Buenas noches, de nuevo.

—Vaya, bajaste muy rápido —exclamó Melkier—. Por favor, acompáñanos. —Cerró el libro y lo dejó en la mesa auxiliar.

Queriendo dar espacio a Manuel, que se encontraba mirando hacia la ventana y no había reaccionado ante su presencia, Basalá tomó una silla plegable de madera que estaba recostada contra la estantería y la colocó frente al otro huésped.

—Dijiste que mañana debías continuar con tu camino, ¿a dónde viajas?

—A Barcelona. Después del verano empezaré en la UB, pero tengo que llegar antes para...

Manuel trataba de prestar atención a la conversación que ambos huéspedes mantenían, pero sus pensamientos estaban en otro lugar. Uno muy lejano y al que aún no podía ir. Meses atrás habría estado conversando con ellos sobre cualquier cosa y su esposa estaría riendo a su lado ante cualquier historia que estuviesen contando. Así había sido por cuarenta años, hasta que una *maldita* enfermedad se la llevó de su lado.

De repente, sus recuerdos se vieron interrumpidos por un crujido; no giró la vista de inmediato, pensando que sería la madera del suelo acomodándose. Se trataba de una casa vieja. Renovada, pero vieja al fin y al cabo. Pero cuando el crujido se convirtió en un golpe seco acompañado de un gemido de dolor, no pudo evitar dirigir la mirada al otro lado de la estancia.

—¿Estás bien? —preguntó Melkier mientras se acercaba a Basalá, que yacía en el suelo al lado de una silla que ahora tenía tres patas.

—Sí, estoy bien —soltó a media risotada—. No me he hecho daño, pero creo que la silla se ha roto.

Manuel se levantó rápidamente y, mientras Melkier ayudaba al joven a levantarse, examinó la silla. Probablemente podría arreglarla fácilmente.

—Don Manuel, lo lamento de verdad. No sé qué pasó, de

un momento a otro la silla se vino abajo y de repente me encontraba en el suelo.

—No importa, la arreglaré. —Su tono sonaba molesto, pero en realidad no lo estaba. Su trabajo siempre había sido el de mantenimiento, aunque al parecer no lo estaba haciendo demasiado bien. Se castigó a sí mismo mentalmente por no tener el hostel en condiciones. —Esto jamás habría pasado si ella estuviera viva —pensó.

—Por favor, déjeme hacerlo a mí. Yo la rompí —dijo tratando de posar sus manos sobre la silla.

—No hace falta, usted es un huésped y yo me encargaré de todo. Como siempre he hecho.

—Don Manuel, por favor. —Intentó nuevamente, esta vez acercando sus manos hacia la silla. Realmente se sentía apenado por lo que había pasado.

—¡NO! Este es mi trabajo —cortó de inmediato.

Con las emociones a flor de piel, tomó bruscamente la pata que se había desprendido, pues la silla no se había roto como afirmaba el joven, sino que simplemente se había zafado el clavo que la sostenía. Aquello hizo que tanto Melkier como Basalá dieran un paso hacia atrás, sin dejar de observar los erráticos movimientos del anciano, por supuesto.

Entre balbuceos y murmullos, Manuel empujó la punta de la pata hacia la silla. Aumentando la fuerza considerablemente al ver que esta se rehusaba a entrar en su sitio. Al forzar la pata, esta siguió de largo haciendo que su muñeca chocara contra

la base de la silla, provocándole un fuerte dolor.

—Ugh, ¡maldita silla! —dijo, soltándola y tomando su muñeca derecha con su otra mano instintivamente. No le importó el choque de la madera contra el suelo, ni las palabras de preocupación de sus huéspedes detrás de él.

—¿Está bien?

—Déjeme ver su mano —imploró Basalá.

—Estoy bien, no se preocupen —aseguró, mas su tono dejaba ver todo lo contrario.

El mochilero se acercó a él y extendió sus manos: —por favor, debemos ver si se ha hecho daño en la muñeca.

Manuel acercó su mano hacia su pecho en desconfianza, a la vez que se reclinaba hacia atrás.

—¡Por favor! —suplicó de nuevo.

No se sabe si fue la expresión preocupada del joven o el retrato de su esposa mirándolo desde la estantería lo que lo impulsó a estirar el brazo, pero lo hizo y dejó que Basalá lo examinara.

—Me he lastimado mucho durante mis viajes. Es lo que tiene viajar caminando de país en país —dijo, tratando de bajar la tensión en el ambiente—. Señor Melkier, ¿puedo pedirle un favor?

—¡Por supuesto! —exclamó el anciano, que hasta entonces había guardado silencio expectante.

—Necesito que suba a mi habitación —le dio las llaves—. Se llama *viento del este* y que me traiga mi mochila, por favor.

Melkier tomó las llaves algo extrañado de que fuera tan confiado, pero siguió las indicaciones del joven lo más rápido posible. Aunque bajarla le costó algo de trabajo.

—¿Qué llevas aquí? ¿Rocas?

Basalá rio suavemente; aquel bulto contenía todas sus posesiones. Uno podría incluso decir que cargaba su vida en sus hombros.

Sin responder, sacó un frasco de uno de los bolsillos exteriores. Era pequeño y de color azul oscuro. El cristal respondió con un delicado *clin* al chocar contra sus uñas mientras trataba de abrirlo.

—Mi madre me dio este ungüento cuando partí de casa por primera vez —dijo al acercar sus dedos llenos de la cremosa pomada a su muñeca—. ¡Sirve para todo! Se los juro. Un día me dolía el pie y, después de ponérmela, me dejó de doler. Y otro, me salió una ampolla por quemarme al cocinar y con la pomada fue como si nunca hubiera estado allí.

Las palabras de Basalá pasaron a segundo plano a la vez que todos los sentidos de Manuel se dirigían a los movimientos circulares que el joven hacía para aplicar el ungüento. ¿Cuántas veces se había lastimado reparando los diferentes rincones de esta casa? ¿Cuántas veces su mujer había tenido que curar sus heridas por ser tan imprudente?

—Es como si siguieras aquí —balbuceo.

—¿Cómo dice? —preguntó Basalá.

—Gracias. Dije gracias. —dejó escapar avergonzado. Por

un momento había olvidado que quien estaba frente a él no era el amor de su vida.

—¡No hay de qué! Lamento haber estropeado tu silla.

Manuel miró la silla que yacía en el suelo. Por suerte no se había roto, pero ahora no podría repararla.

—Por favor, siéntate en el sofá. Hoy no podré repararla.

—Si me permites, puedo tratar de hacerlo yo. —Lo dijo con una mezcla de ilusión y cautela, como quien se acerca a una puerta que ya se ha cerrado demasiadas veces.

—De acuerdo —accedió, tras dudar un instante. Ya le había dejado atenderle el golpe, qué de malo habría en dejar que lo ayudara una vez más.

Mientras Basalá intentaba, sin éxito, devolver la vieja silla a su antigua gloria, la puerta del hostal se volvió a abrir, llenando la estancia del frío característico del invierno.

—Brr... Parece que va a nevar ahí fuera. —Kasbar entró en la habitación como si de su casa se tratase.

Los tres levantaron la vista al unísono, sorprendidos por la irrupción tan campante del recién llegado.

—No esperaba encontrar el hostal lleno —dijo sorprendido—. Un placer, me llamo Kasbar. —Se dirigió con tono amigable al más joven.

—Yo soy Basalá.

—Y yo Melkier —añadió el anciano.

—Lo recuerdo, nos conocimos cuando yo salía y usted entraba. —Sonrió a ambos, mientras sacaba de debajo de su

abrigo una bolsa marrón—. Traigo pan recién hecho... ¿Cenamos?

Manuel frunció el ceño ante tanta familiaridad; hacía apenas unas horas que había llegado por primera vez al hostel y se tomaba libertades como esas.

—Lamento decirles que la cena no está incluida en el servicio. Además, no podría ponerme a cocinar ahora —añadió con una mueca de disculpa señalando su muñeca.

No obstante, el olor a pan recién hecho inundó la estancia, lo que abrió el apetito de los huéspedes.

—¿No podría hacer una excepción? —preguntó Basalá.

—Estoy seguro de que sobró algo de ese *estofado* que hizo para el almuerzo —añadió Melkier, ganándose una mirada furtiva por parte del dueño del hostel.

Kasbar, notando la reticencia del anciano a aceptar su propuesta, sacó sus mejores técnicas de vendedor para conseguir la aprobación de Manuel.

—¿Sabe? Mientras estuve fuera, conocí a muchas personas interesantes. Y todos hablaban maravillas del hostel —Hablaban con sinceridad. La tarde en el pueblo le había demostrado que hizo bien al alojarse allí. Y, aunque le entristecieron algunas de las historias, deseó haber viajado antes para conocer a la dueña del hostel que todos describían como alegre y algo loca—. Sobre usted... y su difunta esposa. Era muy querida en el pueblo —añadió con osadía contenida—. Hasta en la panadería me regalaron pan extra cuando se enteraron de que veía hacia

el famoso *Hostal de Olivia*.

Pero aquello seguía sin convencer a Manuel, quien les miraba con gesto fruncido.

—También me enteré de que es una noche de celebración en la zona. En la que las familias se reúnen y comparten alimentos juntos. Por eso pensé en traer pan para compartir.

Ellos no eran una familia. No una de verdad, pero Kasbar esperaba que el ambiente festivo pudiera convencer a su frío corazón de bajar las barreras. Al menos por una noche

Y, a decir verdad, estaba funcionando. No obstante, este sería el primer Día de Reyes que celebraría sin su esposa. Y por esa razón. Especialmente por *esa* razón. No le hacía demasiada gracia cenar con tres desconocidos. Aun así, Manuel no pudo evitar pensar en las pasadas celebraciones del cinco de enero. Aunque ellos no tuvieron hijos, nunca faltaron personas alrededor de su mesa para celebrar; pero desde que *ella* se fue no había nada por lo que celebrar. O al menos eso era lo que él creía.

—Me encantaría decir que sí, pero no hay nada preparado para cenar —dijo con lástima fingida—. Es mejor que vayan a un restaurante de por aquí.

Sabía que lo que acababa de decir era mentira. Había cocinado *escudella* para un batallón, pero fue la única excusa que se le ocurrió.

—Eso no es problema, ¡yo podría cocinar algo rápido! —exclamó victorioso mientras dejaba el abrigo en el sofá y

recuperaba la bolsa de pan de las manos de Basalá.

La piel se le erizó. No imaginaba que fuera a proponer algo tan... tan descabellado. Sobrecogido por su atrevimiento, consiguió decir:

—¿Cómo podría dejar que un huésped entre en la cocina?

—Sé que era un lugar especial para su mujer, pero me... —  
Hizo una pausa para mirar a sus cómplices—. Nos encantaría celebrar con usted.

Basalá y Melkier asintieron efusivamente ante las palabras de su nuevo, ¿amigo? Hasta entonces habían permanecido en silencio, dudando entre apoyar al extraño que acababan de conocer o mantenerse al margen, pero algo en su determinación los empujó por fin a tomar partido.

—De acuerdo —aceptó finalmente—, pero lo vigilaré durante todo el proceso.

Kasbar aceptó su condición con alegría; sinceramente, en el fondo no creía que el viejo cascarrabias, algo que pudo notar en el poco tiempo que había pasado en el hostel, fuera a aceptar.

Juntos se dirigieron a la cocina. Allí Manuel sorprendió a Kasbar entregándole una caja de recetas.

—¿Estás seguro? —preguntó sorprendido.

—En esta casa solo se cocinan *sus* recetas. Siempre ha sido así y siempre lo será —sentenció.

Entendiendo el peso de sus palabras, ojeó los platillos

tratando de encontrar uno sencillo y rápido. A medida que pasaba las hojas, el olor tenue del papel viejo se mezclaba con la calidez de la cocina, y no pudo evitar detenerse en la caligrafía pulida y hermosa que encabezaba cada receta. Había anotaciones al margen, pequeñas correcciones, manchas de aceite que parecían huellas de otro tiempo. Algunas recetas eran típicas catalanas —escudella, fricandó, crema catalana—, mientras que otras tenían nombres extranjeros que despertaban su curiosidad. Sintió una punzada de ternura al imaginar las manos que habían cuidado aquella caja durante tantos años, protegiendo cada hoja como si guardara un recuerdo.

Finalmente, se decidió por *pollastre amb samfaina* y agradeció que la nevera estuviera llena. Y a pesar de que reparó en la olla que ocupaba gran parte de la estantería del medio, no comentó nada y empezó a cocinar.

—¿En dónde tienes los sartenes? —preguntó a Manuel, que lo observaba fijamente desde el marco de la puerta desde que habían entrado en *el santuario*.

—Abra las puertas de la derecha.

—¿Y las tablas de cortar?

—Están apoyadas allí —dijo señalando la pared al lado del microondas.

Así continuaron durante 20 minutos mientras cortaba todos los ingredientes y los iba colocando en la sartén para sofreír, tal y como indicaba la receta. Kasbar hacía preguntas,

no solo sobre la cocina, y Manuel le respondía con monosílabos secos, gruñidos impacientes y algún que otro “no importa” o “da igual” cuando la conversación se desviaba demasiado. Pero sentía que poco a poco conseguía que se abriera un poco más.

—Tu esposa tenía una cocina muy bella. Es el sueño de cualquier chef.

—Le gustaba mucho cocinar —respondió desde la mesa del comedor. Aún podía verlo; para eso habían construido el arco que abría la pared que dividía ambas estancias, pero le habían empezado a doler las piernas. O eso se dijo a sí mismo para justificar sus acciones.

—Eso pude notar. Cada detalle ha sido elegido al detalle y no me cabe duda de que esta cocina guarda el amor y la pasión de quien la utilizó.

Trató de no emocionarse ante sus palabras y se centró en el olor que empezaba a emanar de la cocina. Ese olor que lo transportó a aquellos días cuando su esposa cocinaba. Supo al instante que dentro de un par de minutos estaría listo, por lo que se levantó con dificultad y empezó a colocar la cubertería en la mesa.

—La remodelamos hace poco —dijo, sorprendiendo a Kasbar, que pensaba que lo había ahuyentado con su comentario—. Siempre soñó con una cocina como esta, aunque no la pudo disfrutar tanto como merecía.

El silencio cayó entre ambos con un peso suave, pero inevitable. No había palabras capaces de aliviar algo así. Perder

a un ser querido abre una herida que nunca termina de cerrar, pero aunque todos quisiéramos un último día juntos o una última risa, a veces la despedida llega demasiado pronto, arrebatándonos esos instantes antes de que podamos soñarlos siquiera.

De reojo, mientras alineaba los vasos sobre la mesa, vio cómo Kasbar sacaba un saquito blanco y tomaba una especie de polvo de él.

—¿Qué es eso? —preguntó alarmado, dejando lo que estaba haciendo y acercándose a la puerta de la cocina—. ¿Cómo se me ocurrió dejar que alguien más cocinara aquí? —pensó.

—Solo son unas especias —respondió con calma—. De las que vendo.

Giró la bolsita para que Manuel pudiera ver el contenido.

—Eso no está en la receta.

—Lo sé, pero es el ingrediente secreto.

—No. Eso, lo que quiera que sea —dijo con un deje de desprecio—, desde luego no está en la receta.

—Te prometo que va a saber bien.

Manuel soltó un gruñido de desaprobación. Las preguntas sobre su esposa no lo habían espantado, pero tocar su receta, aunque fuera un poco, lo había devuelto a su modo gruñón habitual.

—Pensaba que ibas a seguir la receta de mi esposa. Por eso te di su recetario.

—Y aprecio que me permitieras leerlo y cocinar en esta magnífica cocina, pero siempre cocino con esta especia. Tal y como lo hacía mi madre.

—¿Lo hacía?

—Falleció hace algunos años.

—Lamento tu pérdida —murmuró, con una torpeza que no lograba ocultar su incomodidad—. Pero la receta...

—Confía en mí, Manuel —suplicó.

Y lo hizo, aunque no sin refunfuñar un rato más sobre el modo correcto de hacer las cosas.

Manuel, aún algo descolocado por la situación de las especias, llamó a Melkier y Basalá, que charlaban amenamente en la zona común. La cena estaba lista y, contrario a lo que pensó aquella mañana, iba a celebrar el Día de Reyes acompañado.

Se sentaron a cada lado de la larga mesa, mientras que Manuel ocupó la cabecera, y empezaron a compartir sus historias. Por un momento le pareció ver a su esposa junto a él, pues la escena se le presentaba como un *déjà vu*.

—Yo estoy aquí por coincidencia. Vine a esta zona a vender mis especias y ya debo regresar a casa, pero un colega me recomendó venir a este pueblo antes, así que aquí estoy —empezó relatando su primer huésped del día. Como buen vendedor, hablaba con carisma y relataba historias de su profesión como si fuera un discurso que tenía tatuado en el alma.

—Yo estaba viajando como mochilero esperando empezar mi primer año de universidad, cuando conseguí un trabajo en un restaurante argelino en Barcelona. No podía perder la oportunidad, porque mi beca no cubre todos los gastos de mi estancia, así que cambié mi ruta y, en lugar de ir a Portugal, me dirijo a la capital catalana. Y la verdad, no podría estar más agradecido de que este hostel esté aquí —comentó el más joven; y Manuel se preguntó si realmente habría dormido en la calle de no haber estado abierto—. Aparte de un par de restaurantes, el pueblo parecía tragado por la oscuridad de la noche y, de no ser por la titilante luz de la entrada, habría pensado que el hostel estaba cerrado. —Por cierto, Manuel —se giró a mirarle directamente—. Me olvidé de decirte antes, ¿sabes que el foco que da a la calle parece descompuesto?

—Sí —contestó con una brevedad casi defensiva. La *luz* de este lugar se estaba apagando y lo sabía perfectamente. No obstante, para no estropear el momento, añadió: —pero gracias por decirme.

—Faltaría más, hombre —dijo antes de seguir contando sus aventuras como mochilero.

—Me parece muy bien que viajes tanto —interrumpió Melkier—. Ya me habría gustado viajar así cuando tenía tu edad, aunque ahora estoy recuperando el tiempo perdido. —Sus historias eran algo diferentes a las de los otros dos huéspedes, pero había algo de solemne en sus palabras y su experiencia. Algo enriquecedor y no solo por los datos

interesantes que añadía a su relato, como todo buen historiador haría.

La conversación era amena, la compañía bastante más amigable de lo que Manuel esperaba y la comida sorprendentemente rica. Aunque seguían sin convencerle esas especias que Kasbar había metido en la receta de su esposa. Escuchó con atención sus historias, decidido a guardarlas en la memoria para compartirlas algún día con su mujer, cuando volviera a verla. En ese instante, los tres huéspedes se giraron hacia él, aguardando que les contara más sobre el hostel.

—¿Qué queréis saber? —preguntó sintiendo una extraña presión en el pecho, como si abrirse le resultara tan nuevo como incómodo.

—¿Cómo fue el inicio del hostel? —se aventuró el más mayor.

—¿Cómo era tu esposa? —añadió Basalá.

—¿Qué es lo que más te gusta del hostel? —dijo el tercero, sorprendido por su repentina disposición a charlar.

Manuel respondió una a una cada pregunta que le hacían conforme narraba la historia de su vida. Emociones y recuerdos que había ocultado bajo tantas capas —como si él mismo fuera una cebolla— comenzaron a aflorar, y cuando llegó el momento de levantarse de la mesa, lo hizo sintiéndose más ligero que nunca.

Mientras recogía los platos, que tuvo que arrebatarse casi a la fuerza porque todos insistían en ayudar, recordó las palabras

de Kasbar al agradecerle por cocinar una de las recetas de su esposa. Aunque jamás lo admitiría en voz alta, era un buen cocinero. Incluso tras meterle esas especias —que no estaban tan mal, pero seguían sin ser parte de la receta y eso no estaba bien—, la comida estaba deliciosa y el pollo muy jugoso.

—*Hay muchas maneras de mantener a una persona viva* —le había dicho.

¿No era aquello lo que trataba de hacer manteniendo el hostal abierto tal y como ella quería? ¿No se levantaba cada mañana y trabajaba sin descanso para que este siguiera en pie?

Las dudas se le acumulaban en la cabeza mientras recogía la estancia hasta dejarla impecable. Con aquel torbellino de pensamientos, se dirigió a su habitación, situada justo detrás del mostrador, pero no sin antes pasar por la zona común y detenerse frente al retrato de su esposa.

Tomó aquella vieja foto entre sus manos. A diferencia de ahora, en la imagen su piel no estaba arrugada ni llena de manchas. Su sonrisa no era tan grande y sus brazos ya no podían sostenerla.

—¿Qué estoy haciendo mal? ¿Por qué cada día se apaga más la luz? —le preguntó con un deje de desesperación, a pesar de saber que no recibiría respuesta.

—Te habrían caído bien —dijo resignado unos segundos después, y tras dejar el marco en su lugar se dirigió, esta vez de verdad, a descansar.

Suena el despertador y, tras escuchar un par de tonos, se gira a apagarlo. Había dormido poco y se sentía más cansado de lo normal, pero como siempre se había despertado antes de que el cacharro comenzara a sonar. Y como tenía tres huéspedes que dejarían sus habitaciones, no podía permitirse pasar el día en cama.

Se levantó y, tras ponerse las pantuflas, empezó su rutina matutina. Ducha fría, lavarse los dientes, vestirse y pasarse el peine.

En silencio, subió a la segunda planta y abrió, con cuidado de no hacer ruido para evitar despertar a los huéspedes, las ventanas. Se detuvo en una de ellas y admiró el sol que empezaba a salir en el horizonte. Un nuevo día se alzaba ante él y algo se sentía diferente.

Descartó esos pensamientos y continuó hasta llegar a la recepción, donde preparó los documentos de salida para los huéspedes. A pesar de no saber exactamente a qué hora se marcharán, el trabajo de un buen dueño es estar preparado para que el proceso sea lo más fácil posible y los huéspedes se vayan felices.

—Las cosas se hacen bien o no se hacen —repitió en voz alta.

Y tras unos minutos caminó a la cocina para preparar el desayuno, otra cosa que debía estar lista para cuando Melkier, Kasbar y Basalá se despertasen.

Nada más entrar en el comedor los vio. Donde ayer había

un impoluto vacío, ahora reposaban varias cosas. Se acercó curioso.

A la derecha, una moneda de oro guardada en un estuche de plástico lo llamaba. La tomó con delicadeza sin sacarla de la cubierta transparente y la giró para ver ambas caras. Reconoció sin dudar el regalo que Melkier le había dejado.

En el centro, una bolsita con especias. Que reconoció al instante como aquella que Kasbar había usado la noche anterior. La abrió con cuidado y olfateó cerrando los ojos. Aunque odiaba pensarlo, aquel olor estaría por siempre ligado al recuerdo de su esposa y de su cocina.

A la izquierda, el último de los tres regalos, un frasco de color azul. El regalo de Basalá. Seguía sin saber qué contenía la pomada mágica de la madre del joven, pero no podía negar que le había aliviado el dolor de la muñeca con mayor rapidez que cualquier cosa que él hubiera podido echarse.

Cada uno de esos regalos le llenó el corazón de un modo totalmente inesperado. No obstante, no fueron sus detalles los que le hicieron romper en llanto. Sino el libro que se encontraba debajo de ellos.

El viejo libro de visitas del hostal.

Dudo antes de abrirlo. En el fondo sabía lo que iba a encontrar, pero no estaba seguro de estar preparado para enfrentarlo.

—Mira que le dije que este libro no se podía tocar —gruñó en voz baja, sin verdadera rabia, más como quien se aferra a

una costumbre para no desmoronarse del todo.

Después de varios minutos, se secó las lágrimas con el dorso de la manga y resopló hacia dentro para despejarse la nariz. Por el recuerdo de su esposa —y porque sabía que ella jamás habría permitido que se rindiera— se obligó a abrirlo. Y leyó:

5 de enero de 2026 - 6 de enero de 2026

Melkier

*Lo que has tenido y lo que aún conservas no pesa en oro, pero vale más que cualquier moneda. Los verdaderos tesoros no se guardan en cajas ni en cajones: se comparten, se viven y se entregan. Que esta moneda te recuerde lo que ya sabes: lo tuyo siempre fue invaluable.*

5 de enero de 2026 - 6 de enero de 2026

Kasbar

*Hay recuerdos que huelen a hogar y otros que saben a ausencia. No temas cambiar la receta con la que honras a quien ya no está: a veces, para recordar de verdad, hay que permitir que nuevos aromas entren en la cocina. Que estas especias te acompañen cuando decidas hacerlo.*

5 de enero de 2026 - 6 de enero de 2026

Basalá

*No naciste para llevarlo todo auestas ni para curar siempre a los demás. También tú mereces descanso, manos que sostengan y voces que te alivien. Este ungüento es solo un recordatorio: dejarse cuidar también es una forma de fortaleza.*

# ¿Quieres conocer más de esta historia?

El Hostal de Olivia forma parte del proyecto Relatos Cortos 2026 y a través de los Paquetes VIP tendrás acceso a contenido adicional exclusivo.

Detrás de cámaras, anécdotas divertidas, contenido escrito adicional, y mucho más.

Si quieres conocer ser un lector VIP tienes dos opciones:

## **Pack colección 2026**

¡Apoya todo el proyecto!  
Además de este relato y su contenido adicional, tendrás acceso a otros once relatos y un novelette exclusivo.

Disponible por 25€  
(un solo pago)

**OBTENER**

## **Rack relato**

### **“El Hostal de Olivia”**

¡Disfruta de este relato!  
Te da acceso a la historia y al contenido adicional exclusivo de este relato corto.

Disponible por 3€

**OBTENER**

# SOBRE EL AUTOR



Samantha Segura Bautista es una persona creativa y curiosa que siempre está contando historias que surgen de sus sueños.

A pesar de escribir desde 2016, no fue hasta 2022 que se mudó a Milán, Italia que empezó a compartir sus novelas con otros.

Actualmente tiene dos novelas publicadas y un libro de mandalas para colorear. Además, durante 2026 podrás disfrutar de su colección de relatos cortos que comparte a través de su [página web](#) y su página de [Payhip](#).

Otras obras de la autora:

